

ECCLESIASTICA

XAVERIANA

Organo de las Facultades Eclesiásticas de la Pontificia Universidad Javeriana

VOLUMEN XVIII — 1968

ok 7

Director:

ALBERTO ARENAS, S. J.

Subdirector:

VICENTE ALCALA, S. J.

Consejo de Redacción:

JUAN A. EGUREN, S. J.

ROBERTO CARO, S. J.

PEDRO ORTIZ, S. J.

JOSE M. GALLEGO, S. J.

SUMARIO:

	Pág.
La Condición del hombre en el Mundo de hoy	
Excmo. Sr. Anibal Muñoz Duque.	5
Hombre, Sicología y Concilio	
Aldo Stella, Pbro.	23
La imagen del Hombre en la Constitución "Gaudium et Spes"	
Gustavo González, S. J.	39
Iglesia, Presencia de lo divino en el mundo. Mons. Raúl Zambrano Calnader.	54
Función de la Iglesia en el mundo actual	
René Uribe Ferrer.	65
La Iglesia y la vida familiar.	
Consuelo Urdaneta de Zarama y Francisco Zarama.	75
Perspectivas en la Teología Conciliar sobre el Matrimonio	
Francisco Escobar Vega, Pbro.	83

PRESENTACION

Nuestra Revista se complace hoy en presentar la publicación de las conferencias pronunciadas en el Instituto de Teología para Laicos, durante el año de 1967. Todas ellas versan sobre un tópico de los tratados en la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes".

Estas conferencias fueron pronunciadas por destacadas personalidades del clero y del laicado. Entre ellos figuran el señor Arzobispo Aníbal Muñoz Duque, Administrador apostólico de Bogotá quien inauguró el ciclo y el Instituto; el doctor Misael Pastrana, actual Ministro de Gobierno; el General Gerardo Ayerbe Chaux, Ministro de Defensa nacional. Así mismo figuran destacadas personalidades del laicado, miembros del parlamento, dirigentes industriales de la nación y especialistas así laicos como sacerdotes.

Estas conferencias constituyen un primer esfuerzo de nuestra cultura religiosa para propagar las ideas del Concilio Vaticano II. Ese es su valor característico. Nuestra Revista se honra hoy con esa publicación, que aunque no de carácter estrictamente investigativo, dado su conjunto y la actualidad de los temas tratados, sabemos que será del agrado de todos nuestros suscriptores y lectores.

Queremos así continuar ese diálogo abierto entre la teología y el laicado, en nuestro Instituto de Teología para Laicos. Esperamos que cada día sean más los laicos que profundamente formados en el conocimiento exacto del mensaje de Cristo y eminentes por otra parte en las ramas de su propia especialidad, sepan orientar con mano certera la aplicación de los principios eternos del Evangelio a nuestras realidades concretas de Colombia y según las modalidades de nuestro propio ambiente. En esta hora del laicado católico, esperamos su generoso aporte para procurar una genuina encarnación de la Iglesia en nuestra vivencia colombiana.

Introducción.

Siento necesidad de agradecer vivamente a las Directivas de la Universidad Javeriana y a todas las queridas personas presentes. A unas y a otras les manifiesto con la sinceridad de mi corazón, entregado totalmente al cumplimiento de mi vocación, que es el servicio del hombre en Cristo Nuestro Señor, que sólo deseo hacer el bien y por eso pido al Espíritu Santo se digne hacer de mi presencia una humilde presencia eclesial del Vaticano II.

Pero la presencia de la Iglesia Conciliar debe ser auténtica presencia de diálogo. He leído entonces como oración, las recomendaciones del Concilio a los Obispos: "Siendo propio de la Iglesia el establecer el diálogo con la sociedad humana dentro de la que vive, los Obispos tienen el deber de llegar a los hombres y buscar y promover el diálogo con ellos" (C. D. n. 13).

Deseo ardientemente que comprendáis que de parte de la Iglesia colombiana, en particular de su Jerarquía, todo se está moviendo hacia este clima. Ayudad, queridos señores, a esta Iglesia, una en su Jerarquía y fieles; ayúdale como a pueblo de Dios, a realizar la obra de renovación del Concilio, haciendo comprender a todos que en ella la caridad preside el diálogo. Por eso es clara en su conversación, es humilde, es prudente, es confiada. Busca favorecer la amistad y acercar las almas, os suplica comprender también vuestra obligación y ejercitar vuestro sagrado derecho de colaborar en la edificación del Cuerpo Místico de Cristo también con caridad, con humildad, con prudencia y con confianza (C. D. n. 13, 16; Cfr. AA. n. 25).

Y puesto que la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, a la que tenemos que referirnos, es un auténtico gran diálogo, de todo corazón hago votos para que esta serie de conferencias que tenemos el honor y el gusto de inaugurar sea una auténtica continuación de la "ine-

fable y dialógica relación ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debamos nosotros, es decir la Iglesia, tratar de establecer y de promover con la humanidad" (*Ecclesiam Suam*, parte III).

La Constitución: La Iglesia en el mundo actual.

El propósito de esta conversación, como se me ha pedido, es trazar un breve panorama sobre la *condición del hombre en el mundo actual*, tal como la contempla la Constitución Conciliar en sus primeros diez números. Muy modestamente trataremos de hacerlo. Pero antes digamos unas palabras a modo de ambientación sobre la misma Constitución que es la prueba más perfecta de que la Iglesia no se desentiende del mundo, se ha ocupado con afecto maternal y con todo respeto de la tragedia de la humanidad.

Me atrevo a decir que es necesario estudiar los Documentos Conciliares con *conciencia post-conciliar*. Es decir, con sentido de la responsabilidad que reclama una actividad en la que está presente la acción del Espíritu Santo. La Constitución fue promulgada solemnemente el 7 de diciembre de 1965, precisamente el día en que este servidor tuvo la alegría de celebrar con el Papa, llevando al primer altar de la Iglesia Católica las ansiedades, necesidades y anhelos de Colombia.

A lo largo de las inquietudes, de los temores, de las ansiedades de la larga discusión de tres años del Esquema, se sintió siempre la presencia del Gran Invisible. El, ahora, nos seguirá asistiendo para que logremos una segura penetración del espíritu Conciliar que nos reclama voluntad de renovación dentro de un gran equilibrio interior (Cfr. Paulo VI, 18-XI-65).

Y como la mejor definición que podamos dar de la Constitución, es la de que es el *gran diálogo entre la Iglesia y en el mundo*, no podemos considerarla como letra muerta. Entremos en diálogo con la Iglesia "que se coloca entre Cristo y el mundo, no pagada de sí misma, ni como cortina que opaque la verdad, ni constituyéndose fin en sí misma, sino fervientemente solícita de ser *toda de Cristo*, en Cristo y para Cristo y *toda igualmente de los hombres* y para los hombres" (Paulo VI, III, Sesión Conciliar).

Que la Constitución Conciliar quiere ser un diálogo con la Iglesia, lo prueban suficientemente las repetidas palabras, una y otra vez dichas en el aula conciliar: "Ningún esquema en el Concilio, dijo el Cardenal Cento, relator de la Comisión, ha despertado tanta ni tan universal expectativa de parte de la opinión pública, como éste. Porque pretende precisamente iniciar el coloquio o diálogo con los hombres de este tiempo, del

que tan claramente habló el Sumo Pontífice Paulo VI en la Encíclica *Eccliesiam Suam*" (Relación IV, sesión de 1964). Agregamos que ninguno demandó tanto estudio e interés de parte del Episcopado. Ella caracterizará el Concilio para la historia.

La misma idea se repite en la presentación final del esquema "Con este documento que constituye en sí mismo algo nuevo y exige un nuevo método, el sagrado Sínodo entra franca y confiadamente en la nueva vía del diálogo con el mundo".

El diálogo es el esfuerzo noble de los interlocutores para penetrar cada uno en el pensamiento de su interlocutor. No es un debate público, ni es una exhibición de erudición. Ahora bien, quien lea inteligentemente la Constitución percibe sin dificultad en todas sus páginas la voluntad permanente, y felizmente eficaz de la Iglesia, de *acercarse al hombre concreto, viviente, real* de este siglo para comprenderlo y ayudarlo en las condiciones de su existencia. No se trata en este documento, se dijo también en el aula conciliar. "de proclamar la doctrina sobre la revelación, ni sobre la Iglesia misma, ni hablar de los demás medios por los que la Iglesia debe confirmar o perfeccionar la vida interior o hacer más eficaz la predicación, la catequesis, la vida sacramental y la liturgia. De estas cuestiones se trata en los demás documentos. Aquí se confrontan las cuestiones y problemas que afectan más directamente el ánimo de los hombres de hoy. Se trata de promover cada vez más eficazmente el diálogo con todos los hombres para darles ocasión de expresar su pensamiento, sus situaciones y problemas, pero al mismo tiempo también para que ellos sepan cuál es la mente que la Iglesia tiene sobre la significación de los grandes problemas de este tiempo y cuáles son las orientaciones que quiere dar al respecto.

La Constitución está dirigida a exponer en qué sentido y modo la Iglesia toma parte en la evolución de este tiempo. Pretende, en fin, indicar cómo los cristianos pueden y deben contribuir a las soluciones de los grandes problemas que se presentan al hombre en esta época de la Historia (Cento, 1964). El alma de toda la Constitución es, pues, el hombre, según la misma palabra del Papa: "La Iglesia del Concilio no se ha contentado con reflexionar sobre su naturaleza y las relaciones que la unen con Dios, sino que también se ha ocupado mucho del hombre, del hombre tal como se presenta a nuestra época" (Disc. de clausura 1965).

"La gran Constitución Pastoral presenta la cuestión de las *relaciones entre la Iglesia y el mundo contemporáneo* en sus más amplios términos tocando una cantidad de *problemas doctrinales, morales y prácticos*, y pone de manifiesto aún para aquellos que no practiquen la religión, cuánta es

la vitalidad de la Religión Católica y cuán presente está ella en las realidades espirituales y temporales de la experiencia humana" (Paulo VI, 30 de marzo de 1966).

Por eso para dar un juicio exacto sobre la Constitución, será necesario mucho tiempo para estudiarla, pero sobre todo para vivirla. Solamente una acción paciente, un esfuerzo eclesial en espíritu de fe auténtica o como diría el Papa "de humilde y leal aceptación, sin actitud a posteriori, sin tácitas o abiertas reservas", darán a este documento todo su sentido. No dudamos que las generaciones futuras hablarán muchísimo de la fecundidad de este documento, con tal de que los hijos de esta generación, a quienes toca urgentemente esta responsabilidad, seamos capaces de regar la semilla.

Proemio de la Constitución.

En el proemio, solemne saludo a la presente humanidad, se descubre la *intención del Concilio* y las *grandes líneas* que ha de seguir la Constitución Pastoral:

1) La comunidad cristiana, es decir la *Iglesia*, no solamente la Iglesia institucional como suele decirse, se declara real e íntimamente *solidaria de la humanidad y de su historia* (n. 1).

Esta toma de conciencia, diríamos, de que a la comunidad de hombres que constituyen la Iglesia, nada humano, ni el gozo, ni el sufrimiento puede serle extraño; y de que por otra parte a la comunidad de cristianos que somos miembros de Cristo, nada de lo divino puede tampoco ser extraño, nos parece que constituye la luz para presentar la *antropología del Concilio* y para dirigir en el momento crucial la vida y actividad de los cristianos.

El hombre no es extraño al mundo, ni el mundo al hombre, pero es que no ha sido creado para el mundo, sino al contrario, el mundo para el hombre. Es notable constatar cómo corresponde a este proemio de solidaridad con el hombre, la consideración de su dignidad en los tres últimos capítulos de la Constitución. "También en la vida económico-social debe respetarse y promoverse la dignidad de la persona humana, la vocación íntegra del hombre y el bien de la sociedad entera. Porque el hombre es el autor, el centro y el fin de toda la vida económico-social" (n. 23).

2) Por esto no duda el Concilio en dirigirse *a todos los hombres, ninguno queda excluido*. Porque cada uno se presenta como hombre concreto, total, con cuerpo y alma, con corazón y con conciencia, con inteligencia

y con voluntad (3, 1). en su propia casa "en el mundo como teatro de la historia del género humano marcado con la impronta de la laboriosidad de los fracasos y de las victorias" del hombre (2, 2).

A todos quiere exponer la Iglesia su propia manera de concebir su presencia y su actividad en el mundo, no el mundo neutro de la naturaleza bruta e inculta, sino el mundo tal como lo encontramos a nuestro alrededor, humanizado por el trabajo y el lenguaje humano, el mundo que nos interpela y solicita a nuestra propia acción.

Queremos hacer resaltar la admirable relación que se transparenta aquí entre las grandes esperanzas terrenas de la humanidad en movimiento y las esperanzas teologales de la Iglesia peregrina. La Iglesia no exige a sus fieles que se retiren y huyan de las responsabilidades terrenas, "que mantienen en tensión la historia de la humanidad", sino que les pide que en función de la propia vocación "restauren concordemente el orden de las cosas temporales y lo perfeccionen sin cesar".

Porque "todo lo que constituye el orden temporal a saber: los bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y otras cosas semejantes y su evolución y progreso, no solamente son subsidios para el último fin del hombre, sino que tienen su valor propio que Dios les ha dado considerados en sí mismos o como partes del orden temporal. Y vió Dios todo lo que había hecho y era bueno (Gen. 3, 31).

Esta bondad natural de las cosas recibe una dignidad especial de su relación con la persona humana para cuyo servicio fueron creadas. Plugo por fin a Dios el aunar todas las cosas, tanto naturales como sobrenaturales en Cristo para que tenga El la primacía sobre todas las cosas (Colosenses 1, 18).

No obstante, este destino no sólo no priva al orden temporal de su autonomía, de sus propios fines, de sus leyes, ayudas e importancia para el bien de los hombres, sino que más bien lo perfecciona en su valor e importancia propia y al mismo tiempo lo equipara a la íntegra vocación del hombre sobre la tierra" (A. A. 7. 1-2).

Toda la Constitución señala el camino y los modos para la *acción del hombre en la transformación del mundo, según el designio divino, hasta hacerlo llegar a su consumación*. La Iglesia espera de vosotros esta presencia dinámica en nuestro mundo.

En el número 3 de la Constitución se hace referencia a las cuestiones

que se tratan y que se aprecian más detalladamente en el número 10. El hombre ocupa un lugar en el mundo y tiene que desempeñar su propio papel en él, sus esfuerzos tanto individuales como colectivos tienen un sentido, el hombre y la creación tienen un fin último. El Concilio quiere dialogar con el hombre sobre estos problemas, esclarecerlos a la luz del Evangelio y poner a disposición de la humanidad todo el poder de salvación que recibió de Cristo Nuestro Señor. Proclama su fe en la fraternidad universal que responde a la vocación del hombre por la cual se expresa el ansia de solidaridad universal.

3) La Iglesia considera su deber y hace actual esta tarea de *escrutar los signos del tiempo, de interpretarlos* a la luz del Evangelio para dar respuesta a los interrogantes sobre el sentido de la vida presente y futura de los hombres de la actual generación. La Iglesia se funda sobre la certeza de la fe y de la gracia, pero por otra parte consagra su esfuerzo a conocer el mundo presente; ¿no es este un extraordinario avance? ¿No incluye esto un clamor por un cambio de mentalidad en aquellos que acaso se han instalado en una tranquila posesión de la verdad de modo que les impida considerar abiertamente el mundo moderno? Conviene advertir que el mismo Concilio da orden a los Religiosos de entrar en un mayor conocimiento del modo de pensar y de sentir de la vida actual (P. C. n. 18).

Examinar los signos del tiempo por parte de la Iglesia, diríamos empleando una figura común, es estrechar la mano del interlocutor y preguntarle ¿cómo está? El, respondiendo con sinceridad a la sinceridad con que se le habla, señala los puntos que le son más sensibles, más urgentes, más afines al interlocutor. Este, la Iglesia, captará entonces cómo el mensaje evangélico y la gracia de Dios pueden penetrar más fácilmente para redimir al hombre que tiene delante. Esto significa recurso a los hechos que traducen la moderna mentalidad. El pueblo de Dios, dice la Constitución, movido por la fe que le impulsa a creer que quien lo conduce es el espíritu del Señor que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios.

El Concilio a su vez, se propone ante todo juzgar bajo esta luz de la fe, los valores que hoy disfrutan de máxima consideración y enlazarlos de nuevo con su fuente divina. Estos valores, por proceder de la inteligencia que Dios ha dado al hombre, poseen una bondad extraordinaria, pero a causa de la corrupción del corazón humano sufren con frecuencia desviaciones contrarias a su debida ordenación. Por eso necesitan purificación (11, 1). Para esto es el diálogo. Así la Iglesia está en presencia del hom-

bre concreto en su doble dimensión de tiempo y espacio, no para juzgar, sino para proseguir el diálogo, para salvar el mundo.

El mundo se expresará hablando de sus realizaciones y de sus aspiraciones como de sus fracasos y de sus angustias. De su lado la Iglesia definirá su misión con respecto a las realidades profanas, al hombre comprometido en la actividad terrestre, teniendo siempre presente su tarea primordial y esencial, la predicación del mensaje evangélico. La Iglesia precisará los servicios que quiere prestar al mundo como a todos los que esperan de hecho.

El hombre y el mundo actual.

La Constitución responde pues, al género humano, exponiendo cuál es el pensamiento de la Iglesia sobre las condiciones en el mundo de hoy (4, 10). Advierte en primer lugar *“una profunda mutación de las condiciones humanas”*, registra luego como consecuencias inmediatas de esta mutación *“los desequilibrios que estas transformaciones provocan en el hombre y en la sociedad”*, y por último confronta *“los interrogantes profundos de la humanidad”*.

1. — Mutación profunda de las condiciones humanas.

El género humano se encuentra en una *nueva época de su historia*, dice el Concilio, que bien puede llamarse una verdadera metamorfosis. Este es un hecho real marcado por cambios bruscos que dejan profunda huella sin que muchos de los hombres tengan siquiera conciencia de él. Por eso es necesario reconocer que estamos en una crisis. El Concilio la llama, la crisis de crecimiento de la humanidad.

Dondeyne describe así la crisis: Nos encontramos efectivamente en una encrucijada de la historia. Existe encrucijada, cuando un camino gira bruscamente para tomar una nueva dirección. De la misma manera se habla de encrucijada en la historia, cuando un nuevo capítulo empieza a escribirse.

La encrucijada es el lugar donde se produce una ruptura entre el pasado y el futuro, o mejor dicho, entre una situación de hecho heredada del pasado y un conjunto de nuevas posibilidades que bruscamente se abren paso. Abren nuevos horizontes y lanzan a la humanidad hacia un nuevo futuro.

cisivos, porque deciden el curso de la historia para un lapso de tiempo con-

A estas encrucijadas de la historia, se les suele llamar momentos de-

siderable. Pero no por ello dejan de ser momentos de crisis a la vez exultantes, en cuanto que desencadenan posibilidades repletas de esperanzas y concentran las fuerzas del hombre sobre nuevos valores. Y peligrosos, por el hecho de que exponen a relegar al olvido otros valores igualmente importantes.

Se trata, pues, de *momentos ambiguos*: pueden acabar bien o mal. Todo dependerá finalmente de la actitud que adopte el hombre respecto a él, ya que no se limita él a sufrir la historia, sino que contribuye a hacerla. Lo importante es que comprenda lo que sucede a su alrededor a fin de que no se encuentre demasiado sorprendido por los acontecimientos, sino que sea capaz de dominarlos y dirigirlos". (*La foi écoute le monde*, p. 21 y 22).

Pensemos que esta mutación es una etapa querida por Dios en la que el hombre es al mismo tiempo artífice y destinatario (4-2). Puede decirse que esta transformación está caracterizada por el avance de la socialización en el mundo moderno, conforme a las exigencias de la persona humana en el orden temporal, y por la más clara percepción de la teología del pueblo de Dios como sociedad de salvación. Este fenómeno es precisamente el que se comprende bajo la palabra "integración", hoy tan manida.

2. — Cambios o crisis.

Conviene dar una brevísima mirada a los cambios o crisis que estamos comprobando con nuestra propia experiencia. La Constitución nos invita a ello, para que los comprendamos y para que nos capacitemos con el fin de dirigirlos y resolverlos en un esfuerzo permanente de integración.

a) Cambio o crisis económico-social.

Quizá sea este el punto más sensible a la conciencia moderna. O bien, porque es un fenómeno ya de larga duración, puesto que empezó hace un siglo, o bien porque no se despejan los problemas con la celeridad que los tiempos requieren, o bien porque la realidad en la solución de los problemas no corresponde al progreso de la doctrina.

Existe una crisis social y es necesario que sea percibida y estudiada por los hombres de buena voluntad y por las comunidades que ellos constituyen.

Basta dar una mirada, desde el poderoso avión en que acaso viajemos,

sobre las grandes urbes, para darse cuenta del contraste tan tremendo entre los rascacielos y las chozas de la miseria.

Basta que se piense en el inmigrante o en el campesino o en el muchacho de aldea que, impelidos por la necesidad de vivir plenamente su vida, se lanzan a la urbe y deambulan por sus calles sintiendo, en el interior de su ser, el más profundo misterio de la propia soledad. Esta inserción cada vez más rápida de poblaciones rurales en las urbanas agrava, como es evidente, la disparidad de las condiciones de vida y se hace causa de mayor dispersión de los niveles de vida.

Soledad esta que es real en los, tanto tiempo abandonados, habitantes de los campos, incapaces de comprender ellos mismos su soledad o su incapacidad. Mientras tanto la agricultura no evoluciona, sino lentamente. Las técnicas agrícolas no están adaptadas a nuestros frágiles suelos tropicales. La violencia, el bajo nivel de vida de nuestros agricultores, la escasez de vías de comunicación y de los más necesarios recursos es causa de la despoblación de nuestros campos, y por consiguiente del bajo nivel de la agricultura. Con datos recogidos en Latinoamérica, el Papa Paulo VI elabora esta elocuente descripción: Factor importante que denuncia la crisis es "el urbanismo, que en proporciones cada vez mayores crea alrededor de las grandes ciudades, modificando su faz, verdaderos cinturones de población heterogénea por formación y grado de cultura, atraída por las ganancias más fáciles que ofrece la industria. Y puesto que las ciudades no están preparadas para recibir un número tan notable de nuevos habitantes, surgen gravísimos problemas religiosos y sociales, entre los cuales especialmente, una perniciosa promiscuidad de vida, debida a la falta de vivienda" (D. Paulo VI. D 24 Nov. 1965).

Quien asista a las continuas reuniones de los grupos humanos, podrá comprobar que está cambiando el concepto de la sociedad.

Las asociaciones tradicionales son distintas de las del siglo pasado. La Encíclica "*Pacem in Terris*" señala de manera precisa las notas que distinguen esta evolución de las sociedades:

En las comunidades nacionales está viva la exigencia del hombre de ser tratado como persona en todos los sectores de la sociedad humana, o sea, en los económicos-sociales, en el de la vida pública y en el de la cultura. El hombre quiere vivir honestamente, lo cual significa tener la seguridad de lograr los bienes indispensables para la vida, de participar en el saber en que participan sus demás hermanos, de merecer el respeto que se debe a su dignidad humana, de gozar de la libertad correspondiente, y de progresar.

En la mujer se hace cada vez más clara y operante la conciencia de su propia dignidad. Exige paridad de derechos y obligaciones con el hombre, sin perder por ello sus propias y específicas cualidades.

En la familia humana es patente el sentido de que ya no puede haber pueblos dominados por otros pueblos en ningún aspecto. (P. in T. p. 6). Se pierde el miedo al riesgo, y como este es menor en los países más desarrollados que en los en vía de desarrollo, naturalmente más apegados por consiguiente a sus tradiciones, se crean cada vez contrastes mayores entre los unos y los otros.

Pero estas mismas aspiraciones hacen por eso tan impresionante el contraste entre los que, en menor número, están en condiciones de elevación intelectual y perfeccionamiento propio, y de los que en número mucho mayor, no alcanzan los beneficios de la cultura que ni siquiera saben buscar por su propia iniciativa.

En fin, el acelerado crecimiento numérico de la humanidad, o como ahora se dice, la acentuada explosión demográfica, agrava la crisis económica. El mundo según cálculos deberá alimentar cinco o seis mil millones de habitantes en el año 2.000. Nuestro continente Latinoamericano a su vez deberá alimentar al fin del siglo, quinientos millones de habitantes. Esto significa que se debe triplicar la producción actual. Pero, ¿será posible esta aceleración si el ingreso "per capita" anual se distribuye así?:

Un 49% de la humanidad, dispone del 7% del ingreso mundial; el ingreso va desde 0 a 75 dólares.

Un 18% de la humanidad dispone del 6% de los recursos totales. Son éstos los países llamados subdesarrollados, 75 a 300 dólares por persona.

Un 11% dispone de un 11% del ingreso mundial, 300 a 900 dólares. Condición de desarrollo o en camino hacia el desarrollo.

Un 22% dispone del 71% del ingreso mundial. Países desarrollados. Desde 900 hasta 2.472 dólares, o 2.790 en Estados Unidos (Documento de las Naciones Unidas, 1963).

El Papa Paulo VI ha anotado al Episcopado Latinoamericano todas estas causas agregando: "Sobre el plano estrictamente social se nota que mientras la masa de población adquiere un conocimiento cada vez mayor de sus difíciles condiciones de vida y cultiva un deseo irrefinable y bien justificado de mutaciones satisfactorias manifestando a veces de modo violento una creciente intolerancia que podría constituir una amenaza para las mismas estructuras fundamentales de una sociedad bien organizada; no

faltan tampoco lamentablemente quienes permanezcan cerrados al sople renovador de los tiempos y que se muestran faltos no solo de sensibilidad humana, sino aún de una visión cristiana de los problemas que se agitan a su alrededor. En tal estado de inquietud, entre inútiles esperas y esperanzas no correspondidas se infiltran fuerzas activas peligrosas que quieren resquebrajar la unidad religiosa y moral de la cohesión social hasta ahora mantenida con tanta fatiga" (D. Paulo VI, D. 24 Nov. 1965).

Basten estas breves anotaciones para que nos demos cuenta de la gravedad del problema, de la sensibilidad de la Iglesia y de la disposición de su voluntad. También para que comprendamos cuál es nuestra necesaria colaboración, la cual tenemos que dar sin caer en ningún pesimismo, porque estamos trabajando por Cristo, en Cristo y para Cristo. Su luz nos despejará el concepto del bien común al que debemos atender, y su gracia dirigirá y animará el trabajo para alcanzar a ser auténticos servidores cristianos de la persona humana realizando este bien común.

b) *Cambios o crisis sicológica y moral.*

Los cambios íntimamente afectan al hombre y causan necesariamente conflictos en la misma sicología humana. Dos concepciones de la vida se enfrentan: el pasado y el futuro, creando un presente lleno de tensiones. La familia, en la que el conflicto de generaciones propone la revisión de todo, irradia la crisis a la sociedad. Se crean los conflictos de autoridad y de obediencia.

Citamos en esta materia una gran autoridad a quien oímos en una de las reuniones preparatorias del Concilio: "En las civilizaciones anteriores el hombre se encontraba totalmente sumergido en su propia civilización, por consiguiente un complejo estable de tradiciones, costumbres, relaciones, iniciativas, valores morales y religiosos influían en su persona para situarlo en la civilización a que se sentía adaptado.

Hoy se encuentra sacudido fuertemente por el descubrimiento de otra civilización. Acepta, o desea, o simplemente sufre los que juzga valores de esta civilización. En cualquier caso se encuentra por decirlo así, dividido, bien sea porque se muestra accesible a la evolución, bien porque quede dominado por la anterior. Es imposible en efecto que en cualquier caso no adopte costumbres o modos de vida de la civilización que se impone.

Unos y otros, acepten o no las formas de la nueva civilización, se hacen de la productibilidad una especie de dios del cual se libran por diversos modos de evasión: mientras los éxitos técnicos aumentan el confort,

se crean nuevas exigencias, y más se aumenta la envidia de los menos dotados. Estos son estimulados en grande escala por la técnica publicitaria que ejerce tal presión hasta reducir la "libre elección". (Cfr. Leuret. *La Vita economica o sociale*).

Con razón el Concilio hace resaltar el hecho del frecuentísimo desequilibrio desde el interior de la persona. He ahí el factor fundamental que multiplica las tantas evasiones del hombre moderno. Se mantienen como elementos desintegrados los contrastes de que habla el Concilio y a los cuales nos referiremos.

La conducta moral de los individuos, regulada por una concepción y valoración subjetiva olvida la norma objetiva del bien y del mal, como si por el hecho de ser norma, fuera heterogénea a las más íntimas inspiraciones, respuesta a un verdadero bien, y camino a un equilibrio que la mera existencia no puede realizar.

La facilidad de costumbres, las aberraciones y perversidades que ello origina, en donde encuentra tierra fecunda por desequilibrios y neurosis, solo puede ser enmendada por una convicción muy arraigada y la gracia humildemente recibida.

c) *Crisis política.*

Tomamos del mismo Padre Leuret estas palabras que describen la crisis política en el ambiente moderno.

"Un sistema de fuerzas, sin cohesión y aún opuestas, domina el panorama de la evolución política:

El poderío de los Estados Unidos con la preponderancia de su riqueza, que no ha logrado adquirir una visión objetiva del mundo en transformación, propone una ideología simplista, anticomunista, cuyo carácter negativo más bien acelera que controla la expansión comunista.

El poderío de Rusia, que parece alejarse del marxismo puro, mientras demuestra preocupación por una coexistencia pacífica, no pierde la ambición de coordinar los países comunistas, sin por eso perder su influencia universal.

El poderío europeo que busca unificarse para poder ocupar sitio entre los grandes, pero que no acaba de abandonar sus nacionalismos.

El poder de la China popular, ahora emancipada de Rusia y alejada de la ONU, crea evidentemente un hecho que imposibilita el diálogo con la cuarta parte de la humanidad.

El poder del grupo afroasiático y el de países menos desarrollados económicamente, en el cual puede incluirse la América Latina, no presenta la necesaria coherencia.

El poder de las Naciones Unidas contribuye a crear un clima de comprensión, pero su organización queda entrabada por organismos yuxtapuestos, y cuyo vértice o cabeza, no corresponde a la multiplicación de los países nuevos que ingresa.

Este caos político mundial, ante el cual los hombres de estado resultan incapaces de dar solución, se enfrenta al universal deseo de justicia, de paz, de solidaridad".

d) *Crisis religiosa.*

Para entender la crisis religiosa en que se encuentra el mundo y que nos afecta a nosotros con las propias características de nuestros pueblos, conviene partir de los siguientes conceptos o principios:

1) La religión no es simplemente una filosofía o una ciencia, sino que es un mensaje de Dios que ha hablado de sí mismo, que se nos ha comunicado, mensaje que se recibe por el hombre para conocerlo y para vivirlo.

2) Pero este mensaje, Historia Sagrada, debe realizarse por hombres que tienen pecado original y pecados personales, los cuales significan rompimiento con Dios, ignorancia y debilidad del mismo hombre.

3) No es extraño por consiguiente que de tiempo en tiempo la Religión pase por crisis, y aún por deformaciones. Para vigilar estas crisis y para enderezar las deformaciones está instituido el magisterio.

Es un hecho admitido por todos, que la religión es nuestro mundo cristiano pasa por una de estas crisis. Esta expresión encierra una gran verdad. A ella se refiere la Constitución (n. 7), con estas expresivas palabras que dan las dimensiones de la gravedad de la crisis: la negación de Dios o de la religión no constituye, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual.

El Concilio asimila, pues, en una sola frase la negación de Dios y de la religión, a la cual agregamos la de la Iglesia, porque la religión es Dios encarnado, presente en la Iglesia.

El signo de la crisis religiosa es la ausencia de Dios en la persona y en la vida social. "Muchos son los que hoy se desentienden del todo

de la íntima y vital unión con Dios o la niegan en forma explícita. Este es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo" (G. et S. n. 19).

Muchos son los que consciente y deliberadamente creen que la salvación del mundo consiste en acabar con la idea de Dios que no es el hombre, con la idea de un paraíso que no es la tierra. En una o en otra forma repiten con palabras o con hechos distintos la célebre frase de que la religión es el opio del pueblo. Mientras que el hombre continúe, así se piensa, dependiente de estas ideas, es incapaz de realizarse a sí mismo y crearse el propio mundo de su felicidad que busca apasionadamente; la incredulidad se considera moderna sabiduría.

Basta pulsar la opinión pública que se escandaliza con cualquier hecho, lamentable si se quiere, pero de dimensiones limitadas, que afecta a la Iglesia como es la defeción de un sacerdote, por ejemplo. La razón es patente: allí está la religión comprometida, allí está Dios comprometido.

Esta crisis pasa por todos los grados, desde aquel en que están los que viven un cristianismo infantil hasta los que profesan el ateísmo militante. La Iglesia en esta admirable Constitución se acerca a los creyentes mediocres, tibios o fervorosos, a los ateos prácticos y a los ateos militantes, que niegan o que dudan. Este es el nuevo humanismo que se presenta como exigencia del progreso científico, como dice el Concilio, y que se extiende a la literatura, al arte, a la interpretación de las ciencias humanas y a la historia, y a la misma legislación civil.

En la vida social no se habla de Dios, porque la religión o es un asunto particular, o constituye algo inútil. La llamada laicización de los espíritus y de los corazones es una gran realidad en el tiempo presente. Por eso difícilmente se encuentran en el campo apostólico verdaderos militantes.

Sin embargo, a la par con esta agresividad contra todo lo que sabe a religión, se observa también un creciente interés por lo religioso como característica de esta edad cambiante. Una exigencia cada vez más sentida de Dios y por otra parte una nostalgia de su ausencia en tantas vidas, es uno de los temas que la Constitución trata de explicar.

3. — *Causas de la mutación.*

A la luz del documento que comentamos podríamos aventurarnos a señalar algunos factores determinantes de estos cambios. Un estudio posterior del documento indudablemente tendrá tarea larga para definir mejor los conceptos que en la Constitución no pueden detallarse minuciosamente.

En primer lugar, se puede afirmar que esta transformación a escala mundial, obedece a la "creciente importancia que se da en la formación del pensamiento a las ciencias matemáticas, naturales y humanas y en el práctico a la técnica y a las ciencias de ella derivadas" (5-1).

La Constitución misma (54) relaciona el progreso de las ciencias naturales, humanas y sociales con las características propias de la cultura moderna. Esta mutación de la cultura misma nos descubre que entramos en una época nueva de la historia.

De ello procede, como es natural, un nuevo modo de pensar. Creo que no hemos adquirido suficiente conciencia de esta mutación. Ha nacido la literatura científica, destinada al gran público. Los Estados se acogen más a la dirección de sus científicos y técnicos que a sus literatos y filósofos. Los economistas han desalojado a los juristas en la vida de los Estados. Los parientes pobres, la historia, la ciencia, la técnica se han sentado a la cabeza del banquete de la cultura. Indudablemente la primacía de las ciencias naturales, es un característico signo de los tiempos presentes.

Personas autorizadas en la materia lo comentan en una y en otra forma. Afirman que no solamente se trata de una aceleración del progreso en las ciencias, sino de una mutación que amenaza al mismo hombre.

La evolución de la ciencia y de la técnica es tan rápida que solamente unos pocos especialistas altamente calificados pueden seguirla de cerca.

El cerebro humano no alcanza a seguir el conjunto del desarrollo científico y técnico. Los alumnos de matemáticas de hace quince años están totalmente retardados. Nuevas matemáticas se formulan que no tienen nada de común con las matemáticas superiores enseñadas a la presente generación.

El conocimiento cada día más complejo del átomo, de otra parte, juntamente con la aparición de las calculadoras electrónicas, dotadas de prodigiosas memorias y de rapidez en el trabajo, parece que pretenden reemplazar el pensamiento del hombre.

En Biología, los descubrimientos se multiplican y permiten establecer las relaciones entre los sistemas nervioso, simpático y endocrino. La multiplicación de numerosos productos sintéticos capacita a los especialistas para obrar sobre el compuesto humano, nace una nueva psicología que depende en gran parte de Freud y que pone en tela de juicio toda la moral, en particular la que se refiere a la sexualidad. Una especie de ciencia del amor comienza a expresarse, haciendo de los gozos sexuales refinados, el objeto mismo del matrimonio que queda reemplazado por la unión voluptuosa de los sexos.

Y así puede decirse lo mismo de la Filosofía. El estudio de la serie de las causas segundas, acapara más y más totalmente la actividad intelectual de los sabios y de los investigadores; no hay tiempo y disponibilidad para la cultura como integración de las diversas disciplinas. No podemos negarlo, el espíritu se cierra a la reflexión filosófica y particularmente a la metafísica.

La opinión pública se alimenta permanentemente de la relación de hechos y oye cansadamente la exposición de la doctrina. ¿Acaso es el resultado temporal del trabajo del "homo faber" que fabrica cosas admirables, que conoce el interior de estas cosas, que denomina su naturaleza? Está convencido de que la naturaleza y la historia de estas cosas, son el resultado de su esfuerzo, no tiene necesidad de contemplación para penetrar el misterio de las cosas que no existen. Esta posición mental nueva de que se reviste el hombre, la proyecta a todo.

La Economía del desarrollo no hace sino comenzar a tomar forma y le faltan bases doctrinales indispensables y metodología, para insertarse dentro de los factores extraeconómicos. De ahí resulta un gran número de fracasos de los planes de desarrollo debidos en gran parte al retardo de la disciplina administrativa, gobierno, administración, animación de programas, etc. En lo que concierne a los países en vía de desarrollo, los regímenes económicos actuales, no podrán resolver el problema del desarrollo solidario y su impacto es nefasto bajo muchos aspectos en relación con las civilizaciones no occidentales (Lebret o. c.).

Lo cual, como es natural, crea la gran complejidad de los problemas que reclaman nuevos análisis y nuevas síntesis (5-4). Por eso lo que en la generación pasada se cumplía en un siglo, debe ahora cumplirse en un decenio o en menos. En verdad durante siglos, al menos en occidente, el hombre ha pensado estáticamente construyendo sus sistemas de filosofía y ciencia sobre la base de la enseñanza habitual. Aún las ciencias físicas, por ejemplo, del siglo XIII se edificaron sobre un juego de conceptos y de nociones adquiridas. La Historia de cada ciencia se llevaba entonces a la publicación como un simple apéndice. Al contrario, ahora la tendencia se dirige primero a la historia. El hombre moderno sabe que la naturaleza humana tiene una historia y que esta cuenta en la realidad que constituye. Por eso no es extraño que se haya llegado a la confirmación de que la existencia precede a la ciencia.

Alguien dijo: "por todas partes se descubre la intención de entender en términos de historia lo que necesariamente debía pensarse en términos de naturaleza".

Apoyándonos en las palabras de la Constitución podríamos decir que otro de los factores principales estaría en *la fe y confianza que el hombre moderno ha adquirido en su poder de dominio sobre muchas fuerzas que antes lo dominaban a él*. Es decir, se produce una mutación en la condición humana. Es este el hecho que se presenta a nuestro estudio. El hombre moderno se ha creado la pertensión de sustituirse a todos estos poderes que antes no dominaba y organizar el mundo por su cuenta para asegurar la promoción individual y social de su dignidad.

La Constitución Pastoral, en efecto, se refiere a este elemento en varios de sus numerales. Por ejemplo, en el n. 3 dice "que cuando el hombre dilata tanto los límites de su poder, no siempre logra mantener la capacidad de someterlo a su propio servicio".

En el número 9 se dice: "entre tanto se afianza la convicción de que el género humano puede y debe no solo perfeccionar su dominio sobre las cosas creadas, sino que le corresponde además establecer un orden político, económico y social que esté más al servicio del hombre y permita a cada uno y a cada grupo afirmar y cultivar su propia vida".

Y en el n. 33 "En nuestros días, gracias a la ciencia y a la técnica, el hombre ha logrado dilatar y sigue dilatando el campo de su dominio sobre casi toda la naturaleza. De lo que resulta que gran número de bienes que antes el hombre esperaba alcanzar, sobre todo de las fuerzas superiores, hoy los obtiene por sí mismo".

De hecho el dominio del cosmos es evidente. El hombre se ha lanzado a la conquista de los espacios. Lo que ayer parecía una locura (5-1) es hoy una realidad. Las distancias han desaparecido, puesto que el progreso de los medios de comunicación sitúa todos los acontecimientos mundiales en la habitación de cada uno de nosotros (6-3). Se puede hablar del dominio del tiempo en cuanto se toma conciencia del pasado y se puede obrar sobre el porvenir". También sobre el tiempo aumenta la inteligencia humana su imperio, ya en cuanto al pasado, por el conocimiento de la historia, ya en cuanto al futuro por la técnica prospectiva y la planificación" (5-2).

4. — *Interrogantes profundos de la humanidad.*

Que todas estas situaciones se traducen en temores dramáticos lo expresa el número 10 de la Constitución.

En realidad el hombre obligado a escoger en el fondo de su corazón se encuentra dividido en sí mismo. Sometidos la mayor parte a un materialismo práctico, se ven los hombres impedidos para tomar conciencia de

este dramático estado o aún vencidos por la miseria, no pueden preocuparse por la solución.

Un gran número cree encontrar la tranquilidad en la multiplicidad de las explicaciones sobre el significado de las cosas; otros se convencen de que el reino futuro del hombre sobre la tierra podrá satisfacer todas sus aspiraciones y no se preocupan de la presente situación.

No faltan quienes alaban la actitud de aquellos que consideran la existencia humana desprovista de todo significado y se esfuerzan por dársele ellos mismos valiéndose de los solos hallazgos de su propio ingenio. Pero a pesar de todo, aumenta el número de los que se proponen los grandes interrogantes: ¿qué es el hombre, cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte? ¿Cómo puede el hombre insertarse en la sociedad, qué vendrá después de esta vida terrestre?

Pues precisamente la Iglesia invita a oponer a esta tragedia la respuesta salvadora. El hombre no puede capitular.

La Iglesia cree y lo ha demostrado a lo largo de esta maravillosa Constitución que "Cristo ofrece al hombre por su espíritu, luz y fuerza, a fin de que pueda responder a su máxima vocación; El ofrece y da al hombre la salvación eterna porque "no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse" (n. 10, 2).

La Iglesia en fin, le enseña al hombre que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes y le ofrece cooperar en el hallazgo de las soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época, garantizándole su ayuda para construir en la tierra un mundo mejor, más humano y más fraternal. "Todo lo que, extraído del tesoro doctrinal, propone la Iglesia, pretende ayudar a los hombres de nuestros días, creyentes o no creyentes de forma explícita en Dios con el objeto de que, con la más clara percepción de su entera vocación, ajusten mejor el mundo a la superior dignidad del hombre, tiendan a una fraternidad universal más profundamente arraigada, y bajo el impulso del amor con esfuerzo generoso y unido, respondan a las urgentes exigencias de nuestra edad" (91-1).

Para terminar hago propias unas palabras del Padre Chenu: "Es la primera vez que con un determinado propósito, vale decir no por pura táctica u oportunismo apostólico, sino por la misma naturaleza de su ser, la Iglesia hace entrar a la historia en un documento solemne. No se trata de ceder al relativismo, al evolucionismo, al historicismo, puesto que se trata nada menos que de la palabra de Dios en Cristo Señor. Se trata de reencontrar el sentido pleno de la antigua teología de los doctores griegos, que definían el cristianismo como una *economía*, es decir, como el desplegarse de un programa acorde con el curso del advenimiento de Dios en la historia. El cristianismo se presenta como una "historia de la salvación" (M. D. Chenu, apud *Témoignage Chretien*, 16 Dic. 1965).